

HA DESAPARECIDO EL ÚLTIMO GRAN METAFÍSICO: XAVIER ZUBIRI

El miércoles 21 de septiembre fallecía en Madrid, a los 84 años, Xavier Zubiri, víctima de un paro cardíaco precedido por una hemorragia intestinal. Su muerte no dejó de sorprender, a pesar de su edad y a pesar del carcinoma en el colon que lo aquejaba desde hacía mucho, pero del cual había sido operado exitosamente hacía cinco años.

Nacido en San Sebastián el 4 de diciembre de 1898, Xavier Zubiri Apalategui había desarrollado una carrera filosófica y científica brillante como pocas. Licenciado en filosofía por el Instituto Supérieur de Philosophie de la Universidad de Lovaina (1920), doctorado en teología en Roma (1920) y en filosofía en Madrid (1921), había ganado ya en 1926, por oposición, la cátedra de historia de la filosofía de la Universidad Central de Madrid, donde enseñaría hasta 1936. Rota su trayectoria docente, como la de tantos otros españoles insignes, por la convulsión de la guerra civil, reapareció en las aulas universitarias en Barcelona durante el curso 1941-42, año en el cual, en el inicio de la consolidación del franquismo, abandonó definitivamente la docencia universitaria.

Formado en Madrid, Lovaina, Roma, Friburgo de Brisgovia, Berlín y París, la muerte de Zubiri representa no sólo la desaparición del "último gran metafísico", como ha dicho José Luis Aranguren, sino también la de un portentoso cerebro que, como un Aristóteles en pleno siglo veinte, supo apropiarse con rigor inusual los hallazgos más notables de la ciencia contemporánea. Xavier Zubiri había estudiado filosofía con Zaragüeta, Ortega y Gasset, Husserl y Heidegger; física y matemáticas, con La Vallée Poussin, Rey Pastor, Palacios, Zermelo, Schrödinger y Louis de Broglie; biología, con Noyons y Van Gehuchten, Spemann, Goldschmidt y Mangold;

filología clásica, con Jaeger; lenguas orientales e historia antigua, con el P. Deimel y con Labat, Benveniste, Dhorme y Delaporte.

No es extraño, pues, que se hubiera labrado prontamente un sitio de primera línea en el ámbito de la intelectualidad española y europea. Las mil seiscientas páginas publicadas bajo el patrocinio de la Sociedad de Estudios y Publicaciones, con motivo del homenaje a los setenta años del maestro, cuentan con la colaboración de figuras españolas como Salvador de Madariaga, Julio Caro Baroja, J. Zaragüeta, J.L. Aranguren, José Ferrater Morra, José Gaos, Pedro Lain Entralgo, Severo Ochoa, Juan Rof Carballo, etc. y de personalidades europeas de la talla de Marcel Bataillon, Gabriel Marcel, Hans Georg Gadamer, K. Rahner, Yves Gongar, J. Moltmann, etc.

A pesar de tan brillantes credenciales, paradójicamente, Zubiri era relativamente desconocido fuera de ciertos círculos de intelectuales. Varios factores contribuyen a explicar este curioso fenómeno.

En primer lugar, su abandono de la docencia universitaria directa, hace ya más de cuatro décadas, lo cual sin duda dificultó el acceso a su pensamiento por parte de amplios círculos universitarios, por más que, casi a partir de la misma fecha, Zubiri iniciara (a partir de 1945), selectos cursos privados en los que fuera desarrollando y exponiendo buena parte de su pensamiento. Un segundo factor que propició el que Zubiri fuera relativamente desconocido fue la inagotable búsqueda de rigor conceptual en la expresión de su filosofía. En efecto, particularmente a partir de **Sobre la esencia**, el pensamiento de Zubiri se propone el acunamiento de un organon conceptual que posibilite una adecuada aprehen-

sión filosófica de la realidad. Zubiri fue siempre un convencido, como ha señalado Eugenio Trias, de que la filosofía es "algo más que improvisación e intuición". La filosofía exige, también, un método riguroso. Esta preocupación por hacer de la filosofía un saber riguroso —preocupación que, de una u otra manera, aparece en filósofos como Aristóteles, Kant o Husserl— fue también un permanente propósito en el pensamiento de Zubiri. Pero, en el desarrollo del mismo, hizo de su lenguaje filosófico un lenguaje de difícil acceso, no porque fuera confuso o impreciso, sino justamente por lo contrario, porque fue siempre inexorablemente un lenguaje de rigurosa precisión. Zubiri efectúa con el castellano, para la filosofía, lo que Aristóteles hiciera con el griego o Heidegger con el alemán. La intempestiva fecundidad de neologismos que proliferan en su obra, pues, no puede atribuirse en modo alguno a cierto prurito, pedante de filósofo, sino al sencillo propósito de expresar filosóficamente la realidad con un *mínimum* de lealtad hacia ésta.

Pero, por lo mismo, la filosofía de Zubiri plantea también enormes dificultades para su traducción a otras lenguas, en lo cual consiste el tercer factor que permite explicar por qué no ha sido más conocida. Un cuarto factor, en esta misma línea, estriba en el hecho de que, a pesar de su vastísima producción filosófica, Zubiri publicó relativamente poco. En efecto, fuera de artículos más o menos cortos editados en diferentes revistas, únicamente dio a la publicación, en sesenta años, cinco obras en forma de libro: su tesis doctoral sobre la fenomenología husserliana, *Ensayo de una teoría fenomenológica del juicio* (1923), *Naturaleza, Historia, Dios* (1944), *Sobre la esencia* (1962), *Cinco lecciones de filosofía* (1963) y, recientemente, los tres tomos sobre la *Inteligencia sentiente*.

Naturaleza, Historia, Dios. recoge una serie de trabajos monográficos escritos a lo largo de diez años sobre diversos temas: "Qué es saber?", "Ciencia y realidad", "La idea de filosofía en Aristóteles", "Sócrates y la sabiduría griega", "Hegel y el problema metafísico", "La idea de naturaleza: nueva física", "En torno al problema de Dios", etc. En el prólogo del libro, sin embargo, el mismo Zubiri señala que "a pesar de su carácter disperso, el conjunto de estos trabajos se halla dotado... de cierta unidad". Las *Cinco lecciones de filosofía*, por su parte, exponen la idea de filosofía tal como aparece en el pensamiento de siete autores elegidos de manera "absoluta-

mente arbitraria": Aristóteles, Kant, Comte, Bergson, Husserl, Dilthey y Heidegger. Las lecciones, a pesar de que Zubiri indica que "tienen un carácter elemental, meramente expositivo y docente" y que se ha abstenido en ellas de toda discusión o reflexión crítica", constituyen una muestra admirable de cómo se puede hacer filosofía cuando se elabora historia de la filosofía.

En lo que respecta a *Sobre la esencia*, cuya publicación en diciembre de 1962 reveló a Zubiri como el representante del "más serio y riguroso intento por elevar la filosofía española a un nivel de coherencia y disciplina que no había jamás alcanzado desde Suárez", nos topamos en ella con un pivote teórico insoslayable para la comprensión de todo el pensamiento zubiriano. A través de una sostenida polémica con Aristóteles, la escolástica, Kant, Husserl y Heidegger, entre otros muchos, Zubiri sistematiza en esta obra su novedosa concepción de la realidad, para la plena comprensión de la cual, por otra parte, el estudio de los tres tomos sobre la *Inteligencia sentiente* constituye una tarea obligatoria. Las mil cuarenta páginas de éstos —aparecidos sucesivamente bajo los títulos de *Inteligencia sentiente* (1980), *Inteligencia y logos* (1982) e *Inteligencia y Razón* (1983)— representan, en opinión de I. Ellacuría, un "descomunial empeño filosófico" por el cual Zubiri pretende perfilar su concepción de la inteligencia humana a través de una cerrada discusión con toda la tradición filosófica —desde Parménides hasta el positivismo lógico— sobre "temas como los de inteligir y sentir, logos y razón, verdad y evidencia, concepto y juicio, conocer y saber, realidad y ser...", de tal manera que no es gratuito sostener que las reflexiones sobre la *Inteligencia sentiente* —que en Zubiri se remontan por lo menos hasta 1921, cuando empieza a elaborar su tesis doctoral— constituyen un complemento obligado de lo expuesto en *Sobre la esencia*, como el mismo Zubiri admite al enfatizar taxativamente que realidad e inteligencia con congéneres.

Vista, pues, la relevancia de su obra publicada, no es difícil adivinar la importancia de todos sus trabajos inéditos —cuyo volumen, además, sobrepasa con creces el de aquella—, en los cuales Zubiri abordó prácticamente todas las cuestiones centrales de la filosofía.

No obstante todo lo anterior, sin embargo, sigue resultando extraño que Zubiri fuera, no sólo relativamente desconocido, sino también bas-



tante incomprendido, incluso dentro de ámbitos presuntamente filosóficos. En efecto, a raíz de su deceso se han escuchado opiniones que lo valoran como “tardo escolástico genial, ... impregnado de la metafísica suareciana”, opiniones que, casi literalmente, reiteran viejas apreciaciones que nunca han sido fundamentadas y que han derivado de una mala comprensión de su pensamiento o, pero aún, de un desconocimiento del mismo.

Y es que Zubiri siempre fue un filósofo incommensurablemente original. Discípulo de Ortega, sin llegar a ser orteguiano, y de Zaragüeta, sin quedar aherrojado en la prisión conceptual

del neoescolasticismo, Zubiri mantuvo la misma independencia frente a éstos que frente a sus otros dos maestros, Husserl y Heidegger. Es posible que, situado en la atmósfera abigarrada de la historia del pensamiento filosófico, Zubiri quede más cerca de la filosofía aristotélica y escolástica que de la filosofía moderna, como parece creer Aranguren. Incluso podría aceptarse, como propone Zaragüeta, que Zubiri “colma las insuficiencias del pensamiento clásico... sin desviarse de su trayectoria fundamental”. Lo que, en cualquier caso, es inadmisibles, es la suposición ligera de que el pensamiento zubiriano no representa más que un remozamiento superficial con respecto a la filosofía de corte aristotélico-tomista. Por mucho sabor escolástico que parezca tener el lenguaje filosófico de Zubiri, su concepción metafísica de la realidad es absolutamente original, a tal punto que, entre el “de suyo” zubiriano y el *esse reale* escolástico, o entre la sustantividad de Zubiri y la sustancia (*ousía*) aristotélica, hay tanta distancia como puede haberla entre esta *ousía* y el *eidos* platónico.

Quizá la incompreensión que pesa sobre la filosofía de Zubiri se deba, en buena medida, a la solidez de su construcción metafísica. Frente a la ontología a final de cuentas antropologista de un Heidegger, o al existencialismo de Sartre, sorprende que, todavía en el último cuarto del siglo veinte, un filósofo que se considere serio manifieste una preocupación tan inagotable por la metafísica. Y es que, en efecto, para Zubiri, la filosofía fue siempre, en última instancia, metafísica. Pero se trata de una metafísica que, construida mediante el esfuerzo de un impertérrito aferramiento a las raíces de las cosas mismas, ha sabido elaborar filosóficamente los mejores datos que la ciencia moderna ha proporcionado sobre la totalidad de la realidad intramundana. A título de anécdota, es ilustrativo recordar que, después de la lectura de *Naturaleza, Historia, Dios, Oppenheimer* —uno de los padres de la bomba atómica— quiso felicitar a Zubiri, porque por primera vez en su vida se había topado con un filósofo que dominaba los presupuestos metodológicos de la ciencia moderna.

La metafísica zubiriana, por otra parte, es una metafísica que no ha sido ajena en modo alguno al problema de la historicidad —que la filosofía contemporánea ha abordado expresamente con uno de sus temas fundamentales— de tal modo que es absolutamente insostenible la opinión precipitada de todos aquéllos que consi-

deran que en el pensamiento de Zubiri “no se concede la importancia que merece a lo temporal ni a lo histórico”. Muy por el contrario, la recuperación de la realidad histórica por parte de la metafísica posibilita que la antropología de Zubiri adquiriera un riguroso carácter metafísico y que, a la inversa, su metafísica se oriente, en última instancia, en la dirección de una fundamentación de la antropología. Nótese que la distinción entre realidad y ser, fundamental en **Sobre la esencia**, sólo alcanza su plenitud conceptual en la explicación de lo que es la persona.

Por último, a quienes, desde El Salvador, sostienen que tal historicidad y tal antropología están todavía muy lejos de su operatividad prác-

tica, hay que recordarles —ya que así lo enfatiza el propio Zubiri— que la filosofía nunca “nace de sí misma”, sino que “es una operación concreta, ejecutada desde una situación”. Hay que recordarles, además, que el pensamiento de Zubiri, como apunta I. Ellacuría, es filosofía pura, pero no pura filosofía. Así pues, ahora que, con la muerte de Xavier Zubiri, ha desaparecido el “último gran metafísico”, nos corresponde a nosotros, por tanto, historizar desde nuestra situación esa inestimable filosofía pura, a fin de que no se quede en pura filosofía.

C.A

